Lit. de V. G. Torres.

INDIO GUITARRERO

REPUBLICA MEXICANA.(*)

I.

Es una injusta preocupacion que, afortunadamente va desapareciendo cada dia, decir que la clase indígena de nuestro pais carece de sentimientos nobles y aun de inteligencia. Seria un error querer decir que hubiese llegado al grado de civilizacion que la raza blanca, pero error y mas grande seria tambien concluir de aquí que es incapaz de llegar á ese grado.

Hay gentes para quienes es mas fácil y mas cómodo emitir una opinion terminante, que ocuparse en averiguar el por qué de ciertas cosas; y estas gentes por desgracia abundan en México.

Ellas son las que sostienen y fomentan la idea de que la clase indígena es distinta de la raza blanca; de que aquella es con mucho inferior á ésta, así en fuerza física como en carácter y en inteligencia. Gentes de esa clase llegarian á sostener que hasta en el alma son inferiores los indios.

Nosotros creemos, porque la ciencia lo ha demostrado, que hay ciertas diferencias notables entre las diversas razas que pueblan el globo; diferencia producida por la distinta calidad del clima, del género de vida y de los alimentos. Pero que entre la raza blanca criolla de México y la raza indígena del mismo pais haya diferencia, y que ésta sea tal como quieren hacerlo creer las gentes á quienes hemos aludido, es cosa que no nos parece posible.

Si hoy parece notarse esa diferencia es porque se ha descuidado completamente la educacion intelectual, civil y moral de los indios; es porque se les ha tratado desde los primeros tiempos de la conquista con el mas alto desprecio; es porque en vez de destruirse se han fomentado sus preocupaciones; es porque nunca se ha contado para nada con ellos; es porque en fin, no se ha formado alianza con esa clase numerosa.

Sois la causa del estado de profunda abyeccion en que se halla la clase indígena, y hoy quereis disculpar vuestra criminal indiferencia con sostener que entre los indios y vosotros hay distinciones.

¡No os prueban lo contrario los hombres verdaderamente ilustres que esa clase ha producido ahora y aun en tiempo de la dominacion española?

¡No creeis que si en efecto ecsistiese era diferencia de razas tiempo ha que habria desaparecido, la á que os gloriais pertenecer?

---

[1] Esta novelita ó como quiera llamarse, es original de *D. Florencio M. del Castillo.* Creemos necesaria esta advertencia para no hacer responsable de sns opiniones justas ó erradas á Mr. des Essarts.

Porque es fuerza no olvidar que de los ocho y medio millones de habitantes de que se compone la poblacion de la República mexicana, mas de seis son de indígenas y dos apenas de gente blanca.

Porque no es guerra de castas propiamente dicha la que habeis visto encenderse en Yucatan, la que alguna vez ha asomado por Xichú. Creeis que en esa clase de guerra hay treguas? ¡Creeis que el odio entre ambas razas llega á adormecerse? No. Cuando por desgracia una nacion está dividida de esta manera, entonces una de las dos razas estermina completamente á la otra; y mas frecuentemente ambas perecen.

Pero si no reformais vuestra conducta, si no educais y civilizais á los indios, si proseguís proclamando que ellos y vosotros no sois iguales, entonces sí acaso llegará un dia en que os odien, y su odio es terrible porque es salvaje.

II.

Nosotros creemos y todas las personas que lo han meditado creen tambien que una de las causas de todas las desgracias de la República mexicana es la falta de poblacion; falta que ha hecho que no se aprovechen los inmensos tesoros con que la naturaleza dotó á este pais; falta que nos tiene hasta cierto punto inermes contra las asechanchas de nuestros enemigos.

Pero ¿en qué consiste esta falta?....

En que los españoles cuando conquistaron la América, mas bien que civilizar á la clase indígena y formar alianza con ella ó por lo menos tenerla por amiga, trataron de destruirla, ora por medio del hierro ora con los mas rudos trabajos. Ellos fueron los primeros que dijeron que los indios eran inferiores á los demas hombres. ¡Inferiores cuando tenian arreglado su calendario con una esactitud asombrosa, cuando poseian raros conocimientos sobre legislacion, sobre medicina, sobre moral, sobre arquitectura, sobre casi todos los artes y ciencias humanas; cuando tenian poetas como Nezahualcoyotl, guerreros como Guatemotzin!....

Y no se nos conteste á esto con la banal respuesta de que los conquistadores trajeron á este pais la luz del cristianismo! La trajeron, sí, pero en sus manos no fué luz, fué rayo; no fué instrumento de civilizacion, fué una arma para mantener su dominio.

Lease la historia de esa época, y ella responderá por nosotros á los que nos ataquen.

Es cierto que hubo varones ilustres y evangélicos que trataron de evitar los males que veian; nosotros en la persona del venerable Bartolomé de las Casas les tributamos un homenaje de gratitud y respeto.

Pero al fin en aquella época sí habia diferencia de razas, y la una, la advenediza, trataba de sobreponerse y esterminar á la otra, á la indígena.

Mas despues, cuando el trascurso de tres siglos formó una raza blanca mexicana ¡por qué siguió ésta las huellas de los conquistadores?

¿No tenia ella dentro de su pecho un corazon mexicano? ¿no hervia por sus venas sangre mexicana?....Ay, ¡sí! pero habia heredado el orgullo de los primeros españoles y se creia superior á los indios.

En esta época ya no hubo matanzas, hagamosle esa justicia; pero hubo desprecio, hubo desden, y éste mata moralmente.

Y sin embargo, la clase blanca mexicana mejor que nadie debia conocer la nobleza, la importancia, el valor de los indígenas.

Cada vez que ha habido necesidad de ellos ellos han acudido. ¿Quienes mantuvieron sin armas, sin conocimientos militares esa gloriosa guerra de once años llamada la Insurreccion, cuna de nuestra independencia?

Y cuando México pudo levantar su hermosa frente entre las naciones soberanas del globo, cuando tuvo un pabellon que hacer flamear ante sus enemigos, ¿qué se hizo por los indígenas? Poco! nada!

¿Qué habeis hecho para civilizarlos? ¿Qué medidas habeis tomado para sacarlos del profundo estado de abyeccion en que la servidumbre de nuestros padres los ha sumergido?

¿Creeis que la ruina de esa raza hará la felicidad de esta patria que no sabeis amar?... Ay! acaso llegará á sucederos lo que sucede en la fisica con el vacío; aire estraño vendrá á llenarlo!

Ya hoy notais los males de la falta de poblacion; ¿que será despues?

Se considera como uno de los grandes medios de salvacion de la República la inmigracion estranjera. Nosotros lo creemos así tambien, y nos cabe el placer de haber trabajado por ella como escritores. Pero, ¿debemos formar alianza con una raza estranjera, para que ella nos ayude á esterminar por la fuerza ó por el desprecio á la raza indígena? Eso seria absurdo, seria impolítico, seria inhumano!

La razon, la moral, la política aconsejan pues que se civilice, que se mejore, para espresar nuestra idea, á esa raza.

Hoy es un verdadero rebaño, que no sirve mas que de estorbo: ¿no seria un gran paso hacer de esos seis millones de indígenas seis millones de ciudadanos libres, ilustrados, que cooperaran eficazmente al bien de su patria?

A este objeto humano, noble y grandioso deben tender nuestros esfuerzos; para esto queremos la inmigracion estranjera. Entiéndasenos.

III.

Si al trazar estas desaliñadas líneas con toda la precipitacion que ecsije un periódico, tuviéramos algunas pretensiones, nosotros indicariamos gustosos los medios en nuestro

concepto mas á propósito para obtener la ilustracion y mejora de la clase indígena. Pero esta empresa la dejamos para aquellas personas que con mas talento, mas instruccion y mas deshaogo, pueden ocuparse de ella.

En nuestro sentir, lo primero que debe vencerse en los indios es la timidez; sentimiento que ha llegado á formar en ellos una segunda naturaleza, con el trascurso del tiempo; sentimiento de las almas nobles cuando se ven despreciadas: se cierran entonces como la sensitiva cuando la toca una mano grosera.

Una vez logrado esto, lo demas es ya sumamente fácil, pues los indios, si bien escasos de imaginacion á causa de los alimentos con que se sustentan y del género de vida que llevan, tienen un talento natural bien claro; no carecen de perspicacia y son muy aplicados.

Al lado de estas dotes se admira en ellos una constancia verdaderamente heróica en el trabajo; un profundo desden á las fatigas y á la miseria; mucho amor á su familia y á sus amos ó bienhechores; amor que llega á veces hasta el fanatismo; poco temor á la muerte, aunque, cosa que ecsaminada no es tan rara como á primera vista parece, los indios le tienen un horror profundo á la sangre humana.

Como hemos presentado el lado bueno de los indios, debemos presentar el lado malo, para que el retrato sea algo semejante. Lo que mas contribuye á mantener á los indígenas en el estado en que yacen, es el fanatismo, son las preocupaciones que por costumbre, por interes ó por miedo, fomentan, con honrosas escepciones los mismos curas párrocos; la indolencia es otro de los vicios característicos de esa clase; el indio trabaja toda la semana desde que el sol sale hasta que se pone, y se contenta con ganar un miserable jornal con que apenas puede comprar el maiz y el chile que forman su alimento; proponedle otro trabajo mas ó menos activo, pero que le produzca mas; lo vereis vacilar, y al fin no admitir; ya está acostumbrado á su trabajo y no variará; esto consiste en la educacion.

Estos en realidad son sus principales vicios; pues si bien son dados á la bebida, este no es un vicio general, y muchas veces es un recurso contra sus desgracias. Su despego á la clase blanca tampoco lo consideramos un vicio, pues siendo víctimas, harto motivo tienen para ser recelosos los indios.

Los indios son valientes, pero su valor es en cierto modo pasivo; los vereis defenderse tenazmente; atacar, pocas veces.

Los indios civilizados serian muy buenos soldados; serian ciudanos escelentes.

Otra de las cosas que ellos necesitan para que pueda obtenerse este grato resultado, son buenos curas de almas, sacerdotes bondadosos é instruidos.

En un pueblo pequeño de gentes rudas é ignorantes, el párroco es el padre comun, es un miembro necesario á todas las familias.

Este es el verdadero puesto del sacerdote; cuán noble, cuán grata, cuán fecunda es su mision si sabe cumplir con ella!

Empero por desgracia el abandono en que los mismos curas yacen, el poco estímulo que tienen en su carrera, y la miseria que siempre contemplan como término de su vida, hacen que abusen; y esos abusos son fatales, porque fomentan la desconfianza del indio; porque le hacen odiar la religion cristiana.

Escójanse buenos y virtuosos curas de almas, pongáseles un sueldo para que puedan subsistir con decoro, oblígueseles á administrar gratis los sacramentos, escíteseles á predicar con la palabra y con el ejemplo el Evangelio, y se verá como por encanto trasformar esa clase miserable que hoy ecsiste como estranjera en su misma patria!

En apoyo de estas ideas, y como complemento, creemos oportuno repetir aquí lo que el año de 1848 escribiamos en una de nuestras novelas [1].

—"No es una sátira contra ciertas personas lo que escribimos: es la verdad, la verdad desnuda aunque sea monstruosa. No nos deleitamos tampoco en pinturas horribles; si escribimos esto, si descendemos á ciertos pormenores, es porque en ellos hay abusos, y abusos que se pueden y deben corregir.....

—El confesor, que era un clérigo pequeño, gordo y colorado, de aspecto estúpido, de esos que á mil leguas se conoce se han ordenado *de idioma*, se sentó impasible en la cabecera del moribundo, y se puso tranquilamente á aguardar....

El confesor al lado del moribundo es la espresion mas sublime de la religion cristiana....Por eso es necesario que el sacerdote, nada terrenal en este instante, inspire confianza al enfermo, y tenga el talento y el tino nesesarios para desempeñar esa postrer obligacion....¿Y podrá inspirar confianza un clérigo adusto, que cree cumplir con su deber asentándose en la cabecera del lecho á oir una relacion de faltas, y á llenar de terror el último instante del moribundo con el indefinible murmuyo de—*Jesus te ayude?*....

Y entretanto el sacerdote, en la cabecera, miraba impasible retratarse sobre la frente del herido las angustias de esa lucha terrible y silenciosa entre la muerte y la vida. ¡Dejaba llenos de amargura, de terror y de duda, esos instantes que debia endulzar con su voz santa y evangélica....! Pero, lo repito, este sacerdote no era digno, porque para ser sacerdote no se necesita solo saber latin, moral y *otomí*, no, no; para serlo se necesita tener mucho talento, mucho corazon, y haber sido destinado á ello por Dios; porque el sacerdocio es una mision y no un oficio....

—Y él, que habia asistido á la agonía de

(1) El Corebro y el Corazon.

muchos hombres; él, que los habia visto, fuertes, irse debilitando por grados hasta morir, jamas habia hecho reflecsion alguna, y creia que el silencio que el herido guardaba era porque estaba ecsaminando su conciencia, como se lo habia mandado:—¡como si en esos instantes pudiera el hombre entregarse á un ecsámen....!

Pero se cansó de esperar, y pronunció con aire duro y seco, acercando su cabeza á la del herido:

—Confiesa tus pecados....!

Y esas palabras, arrojadas sobre el oido mismo de un moribundo, fueron á resonar hasta el fondo de su pecho, como el grito de un juez airado, del cual no hay que esperar clemencia....—Sí, la religion, por tan poco tino, perdió su uncion y su consuelo para el herido, y solo se figuró á Dios como un juez severo, que infunde terror y no esperanza. Y lo que resultó fué hacer mas terrible la agonía, porque al terror animal de morir se añadió el terror de la eternidad....

—Y esos últimos momentos que, guiados por la mano hábil y delicada de un digno sacerdote, deben ser tan dulces, tan llenos de consuelo y de esperanza, porque ante esa voz, voz del mismo Dios, deben desaparecer los terrorres y el dolor, solo fueron para el herido los momentos mas angustiosos, mas terribles; porque á medida que pasaban iba teniendo menos esperanzas, y se le dejaba entregado á él solo, á él, que no queria morir; ó cuando mas, oia, por el bulto negro que tenia á su lado, porque sus ojos empañados ya no veian, palabras terribles, espantosas pinturas de la eternidad, del infierno, del enojo de Dios, para obligarlo á arrepentirse....

¡Cuántas reflecsiones amargas, terribles, desconsoladoras nacen de este relato!

Para nadie es misterio la conducta, la dureza, la ignorancia de ciertos curas!

¿Y no se pone remedio!

Suprímanse de una vez esas órdenes de *idioma*, ó cuando menos, háganse con mas tino. ¿Se sabe lo que eso es? ¿Se sabe qué personas las pretenden siempre?—El hijo de un ranchero; muchacho que se ha creado hasta la pubertad en la mas crasa ignorancia; que se ha embrutecido con ciertas ocupaciones, con el trato de sus compañeros; que ha contraido tal vez muy malas costumbres, y que cuando mas ha servido en su pueblo de *acólito* ó sacristan, aprende á esa edad á leer mal, y es enviado a un colegio de esta capital ó de otra ciudad. Allí pierde dos años en mal aprender latin, y se ordena de menores; entonces, con la corona ya abierta, estudia moral: á los seis meses se ordena para asegurar la *torta*, como ellos mismos lo dicen en su lenguaje burdo.... despues acaba de recibir las sagradas órdenes, y es enviado, solamente porque sabe *otomí* ó *mexicano*, sin mas ecsámen de su ciencia, de su conducta, de sus costumbres, á su pueblo de cura.

Y ahí la religion se vuelve idolatría, ahí Dios, ó es padre consentidor, ó un tirano.... ahí el cura es el Dios, la religion su oficio, los feligreses sus súbditos....

¡Harto se ha dicho sobre esto.....!"

Lo que acabamos de copiar dista mucho de ser una sátira; es la franca esposicion del deseo que nos anima porque la religion del Crucificado adquiera el brillo de que es digna; porque sus ministros sean útiles al hombre y á la sociedad.

IV.

Los rasgos que acabamos de trazar son generales; no se busque en ellos el retrato de este ó el otro pueblo, pues nesesariamente se notarán esas diferencias que á veces se encuentran hasta en individuos de una misma familia. Trazamos un cuadro á grandes brochazos. Para terminar este artículo, y para seguir el metodo que Mr. A. des Essarts se ha propuesto en esta curiosa obrita, vamos ahora á narrar una pequeña historia, en la cual, como hasta aquí, procuraremos reunir algunos rasgos característicos.

Al hablar de la República mexicana hemos querido hablar de los indios, por lo mismo que son muy poco conocidos, no porque pretendamos que estas líneas puedan tener alguna influencia.

V.

Era una maña de Julio, una de esas mañanas frescas y hermosas en que el cielo despues de una noche tempestuosa amanece puro y sereno como la mirada de una vírgen. La tierra estaba húmeda y las flores conservaban todavía entre sus cálices las gotas trasparentes de la lluvia.

El sol comenzaba á levantarse, y sus rayos oblícuos tiñendo de oro la campiña, aumentaban la belleza del paisaje; corria un vientecillo fresco y húmedo, pero de tal modo embalsamado, que causaba delicia aspirarlo.

La naturaleza entera despertaba en uno de esos dias de placer en que las aves cantan sus amores sobre los manzanos floridos, en que los riachuelos arrastran sus diamantes líquidos sobre un lecho de arena y musgo....

Crisóstomo despertó aquella mañana mas contento que de costumbre; habia tenido sueños muy hermosos, y los indios creen en los sueños. Habia visto á su rosada María sonreirle con dulzura, enseñándole dos hileras de dientes blancos y diminutos como los del raton; juntos fueron á ver las sementeras; el sol de Mayo habia fecundado los granos; los amantes, pues, veian vencido el obstáculo de su union.

Embebecido en esa grata y vaga meditacion que en toda clase de personas es el resultado de uno de esos sueños que llamariamos de corazon, Crisóstomo salió á su diario y habitual trabajo.

VI.

Vestido con un simple calzon ancho de manta, una camisa ó coton de lo mismo, una frazada de lana rayada de azul y un sombrero tejido de paja, que el indio no varia ni en verano ni en invierno, ni reemplaza sino cuando ya no admite *remiendo*; Crisóstomo tomó su hoz y en compañía de los demas *gañanes* de la hacienda fué á *pizcar*....

Animado por un gozo interior que no bastaba á destruir lo precario de su situacion, el jornalero amontonaba gavillas de trigo con mas velocidad aún que sus compañeros.

Entretanto el sol se levantaba y derramaba á plomo sus rayos abrasadores sobre las espaldas de Crisóstomo, pero él acostumbrado á la intemperie y endurecido con las fatigas del campo, parecia no sentir molestia ninguna á pesar de estar sudando á chorros.

A las doce del dia el trabajo cesó y los gañanes se dirijieron á la entrada del trigal donde los aguardaban sus mujeres con la comida.

Crisóstomo fue á reunirse con una india de mas de noventa años pero fuerte y robusta todavía, que era su abuela y en compañía de la cual venia María.

El indio besó la mano de la anciana, porque tiene mucho respeto á sus mayores; saludó con cariño á su novia y se sentó entre ambas para comer.

La comida de estas pobres gentes se reduce como ya hemos dicho á tortillas gordas de maiz cocidas en *comal*, á una salsa de chiles y á un jarro de pulque; ¿No podria hallarse en lo insustancial y poco alimenticio de esta comida el secreto de su debilidad y su indolencia?..,Sin embargo, esta frugalidad produce un buen resultado; y es que el indio jamas padece una enfermedad y conserva su salud hasta una edad sumamente avanzada.

Despues de la comida, á las dos de la tarde Crisóstomo se separó de las mujeres y prosiguió su trabajo que dura sin descanso hasta que el sol se pone.

A estas horas los trabajadores reunidos se dirigen á la hacienda, cantando el *Santo Dios* á dejar los instrumentos de la labranza.

Hay no se qué de tierno en ese canto triste y melancólico que se escucha de lejos, perdiéndose en el espacio, como el perfume de las flores que arrebata el viento....

De la hacienda cada trabajador se retira á su choza á dormir para levantarse al dia siguiente y hacer hoy lo mismo que ayer; mañana lo que hoy, y siempre lo mismo, hasta que viene la muerte y rompe esta monotonía.

VII.

Semejantes faenas no son por cierto de las que pueden cultivar el espíritu ni pulir la educacion; lo mas que pueden hacer es desarrollar la fuerza física en perjuicio de las facultades intelectuales.

Los indios, hemos dicho, miran sin terror la muerte; y no puede ser de otra manera. ¿Qué encantos, qué goces tiene para ellos esa vida árida, trabajosa y amarga! ¿No tiene demasiada razon en aguardar la muerte con la misma ansia que en un largo dia de estío aguardan la noche, la hora del descanso?.....

Se les ha creido insensibles porque no se les ve llorar con estremos por la muerte de sus deudos. Pero, ¿es acaso el dolor mas grande el que vierte mayor cantidad de lágrimas? Cuantas veces es mas amarga, mas verdadera la lágrima que rueda lenta y solitaria por una mejilla tostada, que esos torrentes de hermosas perlas líquidas de que forman tambien un adorno ó cuando menos una caretas cierta gentes?

Nosotros hemos visto á los indios en una epidemia, y no hemos avergonzado de nuestro temor al ver su verdadera indiferencia. ¿Qué hay en efecto de temible en la muerte?

VIII.

El indio gana sumamente poco, ora trabaje como gañan en una hacienda ora ejerza alguna industria, tal como la de fabricar guitarras, bateas, petates, &c. &c. Es que acostumbrado desde los primeros dias de su infancia á la mayor frugalidad ni tiene deseos ni ambicion; tan luego como gana lo que necesita para su alimento deja de afanarse y se entrega indolentemente al ócio; este no es un rasgo solo del carácter de los indios, es defecto de que adolecen, con muy cortas escepciones todos los mexicanos.

Si el indio trabaja en una hacienda tiene aun que sufrir otro yugo, que lo tiene reducido á una verdadera y horrible esclavitud. Hablamos de la costumbre que hay de pagarles su jornal con *papel moneda*, y de hacerles tomar casi á fuerza efectos fiados de la tienda de la casa.

Este es un abuso que mas de una vez han atacado las leyes, pero que á pesar de todo subsiste como toda costumbre añeja é inveterada. No obstante, no desesperamos verla desaparecer completamente un dia; y este será un gran paso para la mejora de los indios.

El indio como todas las naturalezas incultas, como todos los espíritus ignorantes, es fanático en religion. Mas de esto no tiene él la culpa sino los que encargados de instruir su alma en las verdades puras, eternas y consoladoras de la religion, lo han dejado caer; lo han impulsado á caer en la idola-

tría, por que el cristianismo degenerado es idolatría.

Acaso estas palabras harán que se levante contra nosotros una grita; pero no la tememos, porque son la espresion de nuestra conciencia.

El Redentor del mundo que arrojó del templo á los que lo habian convertido en bazar, ¿puede aconsejar acaso las ofrendas y las demas gabelas que se ecsijen á los indios?

Se nos contestará que lo que vale es la intencion y que la de esas pobres gentes es muy pura. Convenido: Dios perdonará su error; pero ¿perdonará igualmente al que lo fomenta?.....

Cada indio contribuye para las fiestas de los santos que se veneran en la iglesia de su pueblo, y para reunir la cantidad que se le ecsije tiene á veces que quitar el sustento á su familia. Ademas de esto se le hace trabajar personalmente, sin considerar que para él un dia de trabajo es un dia sin alimento.

Sobre esto podria escribirse mucho y hacerse importantes y curiosas revelaciones. Ojalá plumas mejor cortadas tomen á su cargo esa tarea.

Nosotros hasta cierto punto disculpamos á los señores curas. Ellos viven á la merced del pueblo, y para vivir tienen que ser ecsigentes en el pago de los *derechos;* para vivir tiene que respetar ciertas preocupaciones añejas.

Positivamente nos ha entristecido ver á algunos varones ilustrados, virtuosos, apañar con grandes ridiculeces. Los hemos visto adornados para un entierro con grandes rosarios de *zempatzochitl* con palomas, frutas &c..... Les hemos preguntado por qué no atacaban de frente esas y otras preocupaciones; y la contestacion elocuente que nos han dado ha sido enseñarnos su cabeza emblanquecida y sus manos temblorosas por la edad, y decirnos: al salir de aquí iremos á morir de hambre en una accesoria. Atacar esas costumbres será irritar á los que creen en ellas; será esponernos á no obtener derechos.....

He aquí cómo el actual sistema de obvenciones parroquiales es al mismo tiempo la causa y el resultado de grandes males.

Pero si se remediara; si se asignara un sueldo á los párrocos; si los sacramentos se administraran gratuitamente, entonces los curas podrian emplear todo su tiempo en la instruccion moral y religiosa del pueblo; entonces no temerian atacar de frente las preocupaciones.

Si se efectuara esta reforma tan urgente, no se escucharian sobre todo esas relaciones de abusos que hoy entristecen á las almas sensibles y religiosas y se convierten en una arma en mano de ciertos hombres.

Nosotros pues, á nombre de los curas en obsequio de los indígenas; por el interes mismo de la religion cristiana y de la moralidad pública, pedimos la reforma de los aranceles parroquiales.

Pedimos tambien que no se abuse del candor de los indígenas; que no se les merme nada de sus jornales; y que por fin se les deje en completa libertad para escoger su trabajo donde mejor les parezca.

Pedimos, en fin, para ellos, proteccion, trabajo, instruccion y libertad.

Entonces se les verá mejorar de condicion y de espíritu.

IX.

La semana pasó para Crisóstomo con la misma monotomía de costumbre. De dia trabajaba sin descanso; de noche dormia feliz en su inocencia soñando con María, su dulce María, con la cual esperaba pasar su vida.

El domingo se levantó aun mas temprano que de costumbre; todavía brillaban las estrellas, y en el Oriente apenas se dibujaba una tinta de rosa y plata.

A esas horas con otros indios que como él estaban *de semana* acudió á la iglesia á *encender* el altar para la misa.

Crisóstomo fué á cortar flores mientras sus compañeros encendian las velas y barrian el templo.

No aparecia aun el sol cuando ya la iglesia estaba sencilla pero poéticamente adornada.

En ninguna parte nos ha parecido la religion cristiana mas imponente, mas sublime, que en uno de esos templos pobres donde no brilla el oro ni la plata.

Mas poesía tiene para nosotros un ramo de flores frescas, empapadas aún con el rocío de la mañana, que esos blandones y esos candelabros que harian la fortuna de una familia.

Y si en el cielo hay distincion entre pobres y ricos, creemos que Dios acojerá antes las oraciones de esas pobres gentes que van á la iglesia á rezar, que las de los que van en las grandes solemnidades arrastrando ostentosos trajes.

Sonó la campana llamando á los fieles, y en muy pocos momentos la poblacion entera acudió....

Inmediatamente que el santo sacrificio concluyó, el cura montó en su caballo para ir á decir misa á otros pueblos.

A veces los párrocos tienen que recorrer de esta manera una estension de diez, quince y mas leguas. Fácilmente se pueden calcular los trastornos que origina esta distancia. ¿Por qué no se pone un sacerdote en cada pueblo?

X.

Despues de la misa en los pueblos viene el el *tianguis*.

La plaza se llena de toda clase de mercancías, verdura, frutas, carne &c. &c., y toda la poblacion concurre á hacer sus compras ó á pasear. Es el único dia en que los indios se tratan; es tambien, con cortas escepciones el único dia en que cometen escesos.

Crisóstomo y María se reunieron en la plaza. La segunda se habia adornado con toda coquetería; sus piecesitos descalzos brillaban de limpieza; llevaba unas enaguas de jerguetilla azul con vivos morados, una camisa mas blanca que la nieve con randa negra, y rebozo azul con rayas blancas. La cabellera negra iba trenzada con cordones de lana encarnados y negros.....

María era muy bonita y Crisóstomo era hermoso, todas las miradas se fijaban en ellos.

Una pobre vieja á quien aquella pareja le traia sin duda recuerdos de su juventud, se les acercó y ofreció á María unos plátanos.

La india, como todas las gentes sencillas del campo era golosa. Aceptó el regalo y lo comió.

Despues Crisóstomo le hizo varios regalos.

Al pintar á estos amantes tan unidos debemos hacer una advertencia. El indio es caballeroso y puro en sus amores: raras veces se oye en un pueblo que alguno haya abusado del candor de una muchacha.... Sin embargo de que la dificultad que tienen para contraer matrimonio en razon de los *derechos*, es una razon para que busquen en lo ilícito la satisfaccion de sus amores y deseos.

En la tarde de aquel dia María se sintió indispuesta; era acaso consecuencia de la atragantada, pero ella y Crisóstomo creyeron que la pobre vieja al verla tan bonita la habia hecho *mal de ojo*.

En vano recurrieron á la arte de un *nahual* famoso en el pueblo....

María siguió agravándose, y el miércoles siguiente, despues de la plegaria de las ocho de la noche comenzó su agonía.

Vino el cura, administró á la pobre india y se retiró dejándola rodeada de sus parientes y conocidos que entonaban con voz lúgubre y conmovida algunos rezos.

Poco antes de la madrugada María espiró tranquilamente como una paloma.

Crisóstomo vino poco despues, y se le vió detenerse algunos momentos ante el cadáver.

Los grandes dolores no tienen lágrimas, porque las que arrancan son lágrimas de sangre que caen sobre el corazon, y es un dolor muy grande ver así destruida en un momento la felicidad de toda la vida.

El pobre indio salió, y haciendo sacrificios de que ni idea se puede formar, volvió al cabo de un rato trayendo unas velas de cera. Ultima y triste ofrenda de su amor malogrado.

En la noche *fué el velorio*.

Esta es una costumbre muy poética ó muy grotesca y terrible: es un resto de idolatría ó es una prueba de la fé que esas gentes tienen en la inmortalidad del alma....

A la mañana siguiente fué el entierro en cuya ceremonia se cometen mil prácticas estrañas.

Crisóstomo con una fuerza de alma que reinaba en el heroismo, acompañó á María hasta la sepultura.

Poco despues que la tierra hubo cubierto aquel cuerpo querido, entonces el corazon del indio se rompió como si ya no pudiera contener tanto dolor....

Desde aquel dia ya no se le vió sonreir..... Poco á poco la mansion en el pueblo donde todo le traia recuerdos amarguísimos, se le hizo insoportable.... Se hizo flojo, apático y sus amos lo despidieron.

XI.

Crisóstomo se hizo vago, errante.

Para mantener su ecsistencia amarga recurrió á una industria fácil; hacer guitarras de madera blanca.

Con solo un mal cuchillo trabaja.

Al mismo tiempo aprendió á tocar un poco; y desde entonces se le ve en los tianguis, en las ferias, por las calles de la ciudad, pálido, grave, silencioso, con su manta al hombro sonando su guitarra para atraer compradores.

Cuando la edad le haya quitado las fuerzas; cuando sus manos temblorosas no puedan manejar el cuchillo, entonces el indio se hará mendigo, y una noche morirá en un muladar, ó si es algo feliz en el hospital.....

FIN.